

Afán de entender

Teru Miyamoto
Kinshu. Tapiz de otoño
Traducción de
María Dolores
Avalos

ALFABIA
235 PÁGINAS
21,5 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

El nombre de Teru Miyamoto (Kobe, 1947) en la portada de *Kinshu. Tapiz de otoño* no resulta familiar: es la primera de sus novelas que se traduce. Al abrir el libro, en la primera página del texto aparece lo siguiente: "16 de enero". Y debajo: "Querido Yanusaki". Se trata, en efecto, de una novela epistolar. Una mujer, Aki Katsumuna, y un hombre, Yasuaki Arima, se intercambian un puñado de cartas entre enero y noviembre de un mismo año, presumiblemente de los sesenta. Leyendo su correspondencia sabremos que hace diez años Aki y Yasuaki estuvieron casados, pero un día el marido fue encontrado desangrándose en la habitación de un hotel junto a su amante, una geisha, que acababa de suicidarse. Yasuaki sobrevive pero el matrimonio, a instancias del padre de ella que había nombrado al yerno su sucesor en la empresa, se disuelve y no vuelven a saber el uno del otro.

Gracias al azar, una tarde en que Aki, casada de nuevo, acude con su hijo discapacitado a la cumbre del monte Zaô para mostrarle las estrellas, cree descubrir a su exmarido en una embarcación que navega por el río. Esa imagen, apenas entrevista, la impulsa a escribirle. Él responde. Así surge la corta pero singular e intensa correspondencia que constituye la espina medular de una novela que, en mi opinión, solo podía concebir y desarrollar con la sensibilidad con que lo hace un narrador japonés, sin duda extraordinario: La cuestión es: ¿Por qué al cabo de los años la mujer ultrajada en su dignidad y el hombre que la ofendió jugándose su futuro, se sinceran en el papel cuando el tiempo parece haber cicatrizado sus heridas aunque no las ha borrado de la memoria? Al principio uno cree que verbalizan el dolor que se causaron con la mira puesta en volver a verse. Al fin y al cabo, de alguna manera no han dejado de querer-



se; se escriben desde el cariño y el respeto mutuo. O tal vez buscan argumentar, desde la lucidez de la distancia, sus respectivas posiciones en el momento de la traumática ruptura. Dicho de otra manera: ajustar las cuentas con el pasado, quizá para hacer borrón y cuenta nueva y, una vez recobrada la

autoestima, reanudar su historia a partir de donde la dejaron.

Pero no se trata de eso. Si fuera así, el relato sería demasiado previsible y no nos conmoviera hasta los tuétanos. En ningún momento Aki y Yanusaki sugieren la mera posibilidad de reencontrarse, porque ambos saben que no es posible. Y cortan el intercambio confesional cuándo intuyen que han alcanzado su objetivo primordial: entenderse humanamente a sí mismos y entender al otro, para al fin aceptar cómo son ahora y vivir el inescrutable futuro liberados de las cargas inútiles del pasado. Una forma original de visualizar la culpa, asumir los efectos vivificados de la penitencia y conquistar el pleno derecho a la redención.

Miyamoto amasa una escritura hermosa, intensa y esencial, utilizando la capacidad específicamente japonesa –al estilo de Kawabata (*Mil grullas*) o Yasushi Inoue (*La escopeta de caza*)– y para mí tan admirable de saber exprimir la substancia de la palabra y el poder sugerente de las elipsis bien administradas, a través de las cuales oímos el susurro de los espíritus que se autoanalizan. Aki concluye su última carta con un "Adiós y, por favor, cuidate. Adiós". El lector asiente, maravillado.